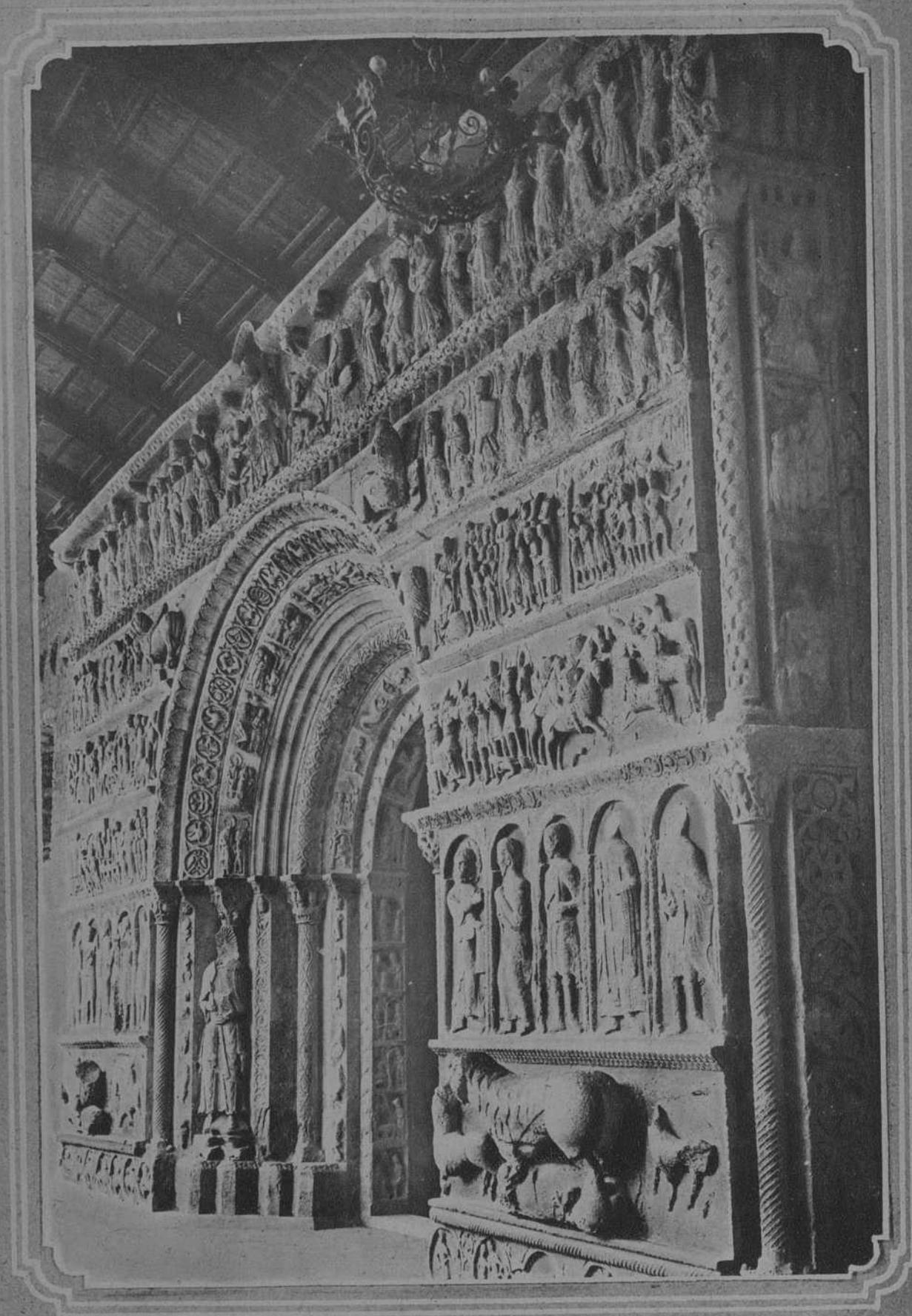


N.º 5. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 25 Abril. 1926.



Fachada del histórico Monasterio de Ripoll.

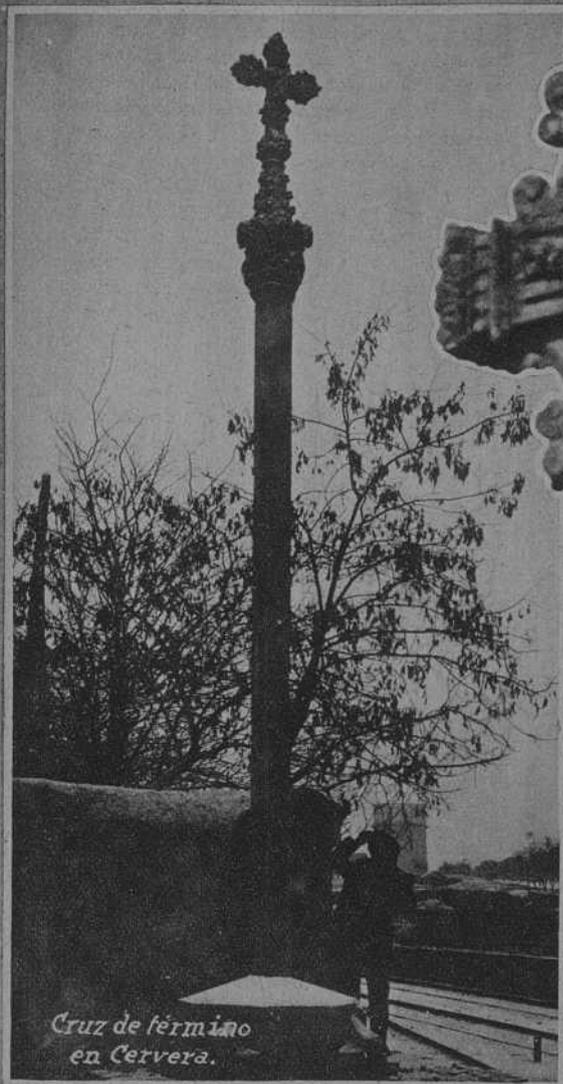
*Las antiguas bellas
cruces de término.*



*Cruz llamada de
la Acequia en Balaguer.*



*Cruz de Hostalfranch.
(Lérida).*



*Cruz de término
en Cervera.*



*Cruz de Ciutadilla.
(Lérida).*



Cruz de Rupit. (Barcelona).

Nuestra Señora de Montserrat.



La imagen de la Virgen.



*Monistrol
y la montaña.*



*El Monasterio hace
un siglo.*



*Efectos de niebla
baja.*



Contraluz desde el pinar de Monistrol.

*Pasado mañana, día 27, se celebra la
fiesta de Nuestra Señora de Montserrat.
Así Abril une. a San Jorge y a la Vir-
gen de Montserrat, patronos de
Cataluña.*

Fots. ZerKowitz

El alpinismo en nuestro Pirineo

El panorama de "els Encantats."



En la sierra de Tumeñia, al fondo el macizo de la Maladeta.



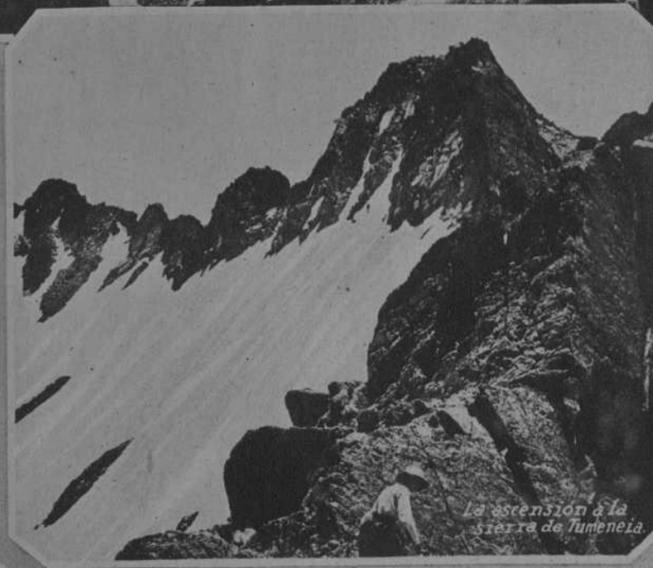
Escalando el pico de "els Encantats."



Llegada la primavera, nuestros alpinistas requieren sus zapatos claveteados, sus mochilas, sus cuerdas y sus alpestruks, y emprenden las "escaladas", las ascensiones a las crestas pirinaicas, buscando las nieves perpétuas y los altos lagos misteriosos.

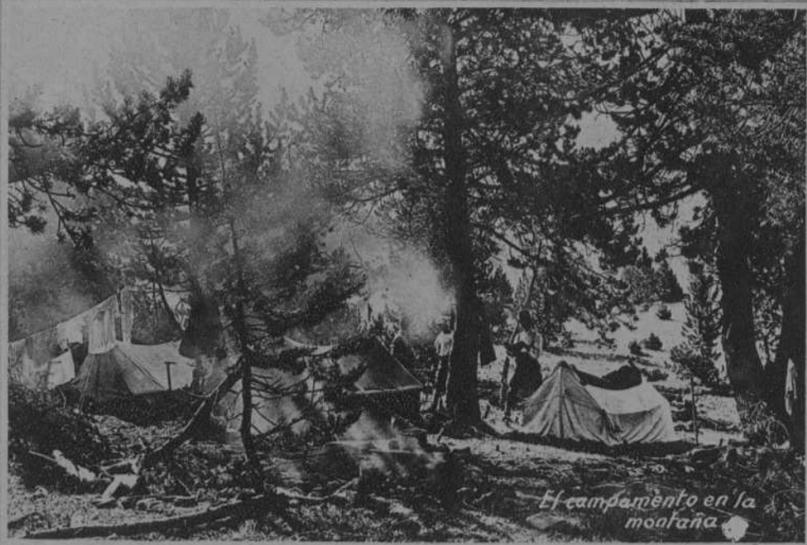


Los "Encantats" y el lago de San Mauricio.



La ascension a la sierra de Tumeñia.

Nuestros alpinistas son ya legión que se dispersa por toda la alta Cataluña, llevando a las imponentes sierras aragonesas. Han construido refugios, han levantado mapas, han editado libros y guías para que los animosos puedan llegar a las cimas en las que se enfrentan con las soledades infinitas y maravillosas.



El campamento en la montaña.

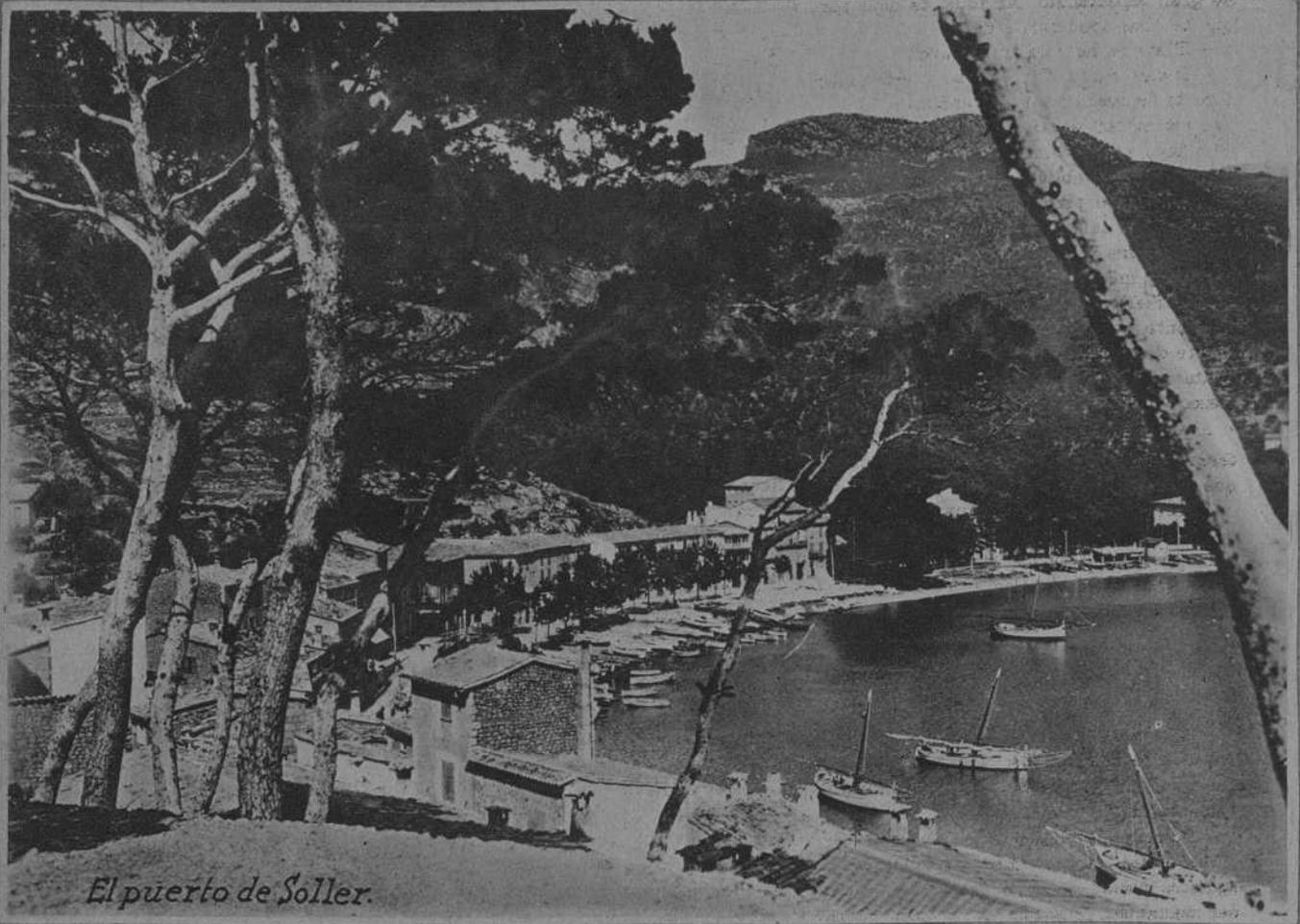


La tienda.



Marchando sobre las nieves perpétuas.

Fots. Canals.



El puerto de Sóller.

Paisajes de Mallorca.



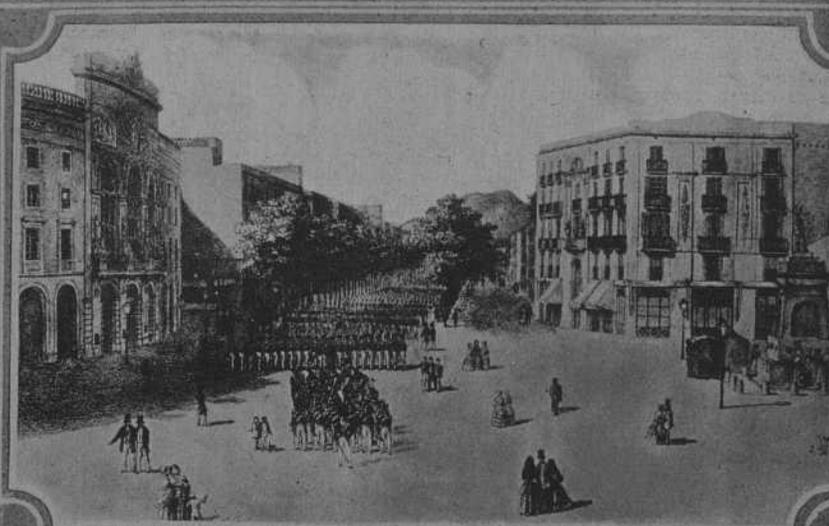
Bellver y su famoso castillo

LA
BARCELONA
DEL
SIGLO
XIX

El incendio del Liceo en 1862.



*Calle de Ases, desde la de la Espasaria.
(Museo de la Ciudadela. Foto Vidal Ventosa).*



Plaza del Teatro y Rambla. Desfile de la Milicia Nacional.

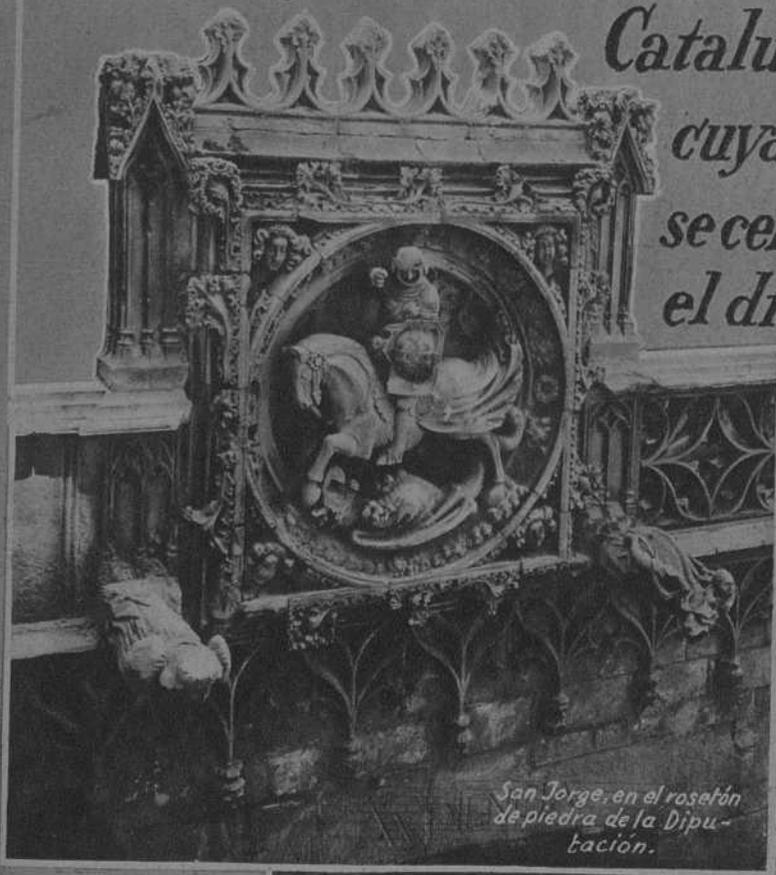
Plaza de Palacio.



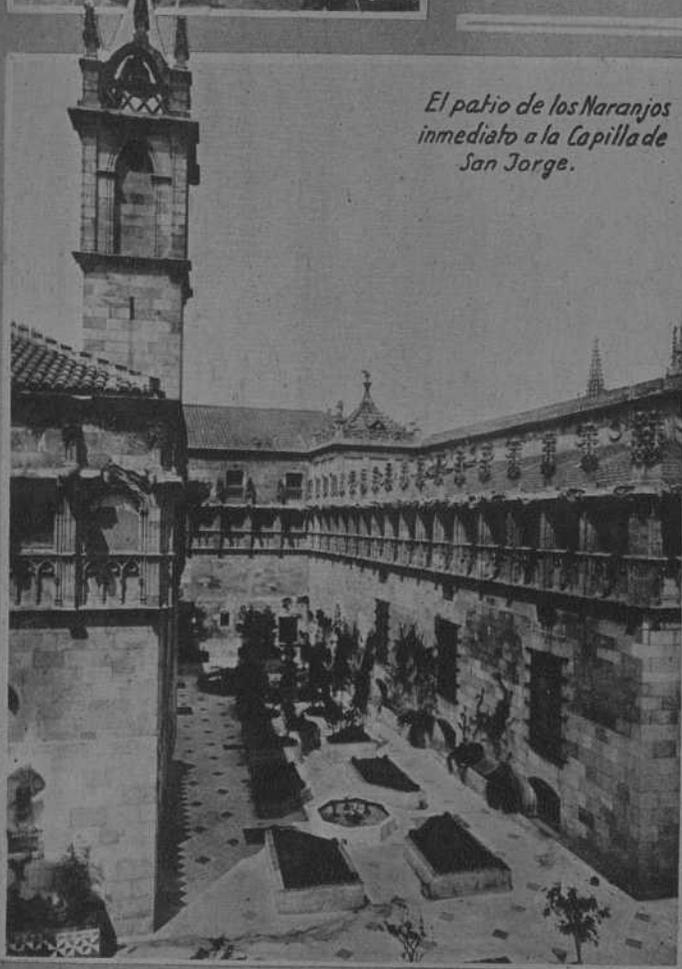
*San Jorge Patrón de
Cataluña,
cuya fiesta
se celebró
el día 23.*



*El "San Jorge" del pin-
tor catalán Pablo Vergés.*



*San Jorge, en el rosetón
de piedra de la Dipu-
tación.*



*El patio de los Naranjos
inmediato a la Capilla de
San Jorge.*



El patio de la Diputación el día de San Jorge en 1830.

Una Estrella de Rabo

por

C. RIBAS CHERIF

I

—Pues, lo que es a mí, ni guapa me parece.

—Le diré a usted... le diré... Tiene un no sé qué que...

—Yo sé lo que tiene o por mejor decir lo que le falta, la vergüenza.

—Pues esta mañana la vi en bata por la galería y estaba monísima.

—Tiene la boca demasiado grande.

—Eso, hasta cierto punto, le hace gracia; porque así enseña los dientes.

—Y... lo que es el pelo... ¡el pelo vaya si se lo tiñe!

—Le diré a usted, le diré... Si de niña ha sido roja, no tiene nada de particular que ahora se le conserve ese rubio pálido.

—Y sí que debe haber sido roja, porque se le notan muchas pecas, pese a la manita de gato que nos damos...

—Lo que tiene es muy mal gusto.

—¡Eso sí que no! Los hombres no entienden ustedes ni una palabra de trajes. ¡Se viste admirablemente!

—Me refiero al mal gusto... amorio.

—¡Verdaderamente! No me explico con qué alucina a las mujeres ese carcamal!

Sentados en sendos sillones de mimbre, discreteaban los bañistas en el jardincillo del balneario, haciendo labor de gancho las mamás, atentas al coqueteo de las niñas con sus cortejos mientras tal cual señor grave leía el periódico, y un sacerdote taciturno se desentendía de vez en cuando risueñamente del libro en que parecía seguir sus obligados rezos.

—Carcamal... carcamal... hasta cierto punto... Y ¡si ustedes hubieran visto a don Juan hace veinte años...!—insinuó cierta solterona impenitente.

—¡Parecía un gallo inglés! ¡No me diga usted que no, señora, no me diga usted que no!—volvió a interrumpir la más acerba defensora de los buenos principios subvertidos, sin duda por la pareja objeto de tan empeñada discusión—. Aquí el pollo—y señalaba a un jovenzuelo almidaradísimo—tiene razón que le sobre... No sé con qué alucina el tal don Juan a las mujeres... ¡Bien es verdad que... siempre hay un roto para un descosido.

—Como guapo, ya no lo es—se atrevió a decir una ingenua—pero debe ser muy simpático.

—A mí, ni simpático me parece.

—Desengáñense ustedes que algo tendrá. Porque ella no era ninguna perdida. ¡Para su pobre madre fué un golpe!

—¡Un porrazo, sí señora, un porrazo! Pero... usted me entiende. Si vamos a ver, su madre tuvo tanta o más culpa que la hija.

—Ay, ¿qué pasó?

—Cállate, niña.

La ingenua, insatisfecha, y aún acuciada por la conminación maternal al silencio, se volvió a la chita callando al zángano que a su lado tenía.

—¿Usted lo sabe?

—Me lo figuro.

El señor que leía el periódico, sin poner atención al parecer en lo que se hablaba, levantó la cabeza:

—Yo también les podría decir a ustedes más de cuatro cosas a ese respecto; pero discreción obliga.

—Aquí, este señor, dice muy bien: discreción obliga. Pero si él pudiera hablar, tan enterado como parece que está, no me dejaría mentir. Pues qué... ¿No es un secreto a voces que ese pillo de don Juan, que no me parece nombre mejor, y aún me parece poco, era amigo de confianza y tantol de la madre.

—Verdad es y eso disculpa a la pobre—se arrojó a decir la misma voz prudente de otras interrupciones.

—¡Hasta cierto punto! Quien no tiene disculpa que valga es la hija.

—¡Era una niña!

—Zangolotina! A los veinte años ya se tiene uso de razón y hasta la muela del juicio! Claro que nada ni nadie como él. El no tiene perdón de Dios ni del mundo.

El viejo volvió, sonriente y benévolo, a levantar la vista del periódico:

—Señora... estaba la chica muy requete-guapa y el hombre... es débil.

—¡Ay, que gracioso! ¡Viruelas a sus años!

—Niña, qué quiere usted. Yo ya he vuelto a la primera edad; no ya viruelas, sarampión me puede volver a dar, escarlatina y garrotillo.

Entonces el zángano, que mosconeaba al

oído de la más ingenua, murmuró con chulería señoril:

—¿Ha dicho garrotillo o garrotín... Porque a ese señor, ahí donde usted lo vé, le conozco como abonado de lo más acérrimo, a primera fila de orquesta en todas las varietés.

Hízose de pronto un silencio mal disimulado. Era que otro bergante, decía señalando al fondo de la plazoleta:

—Miren ustedes quién pasa por allí.

Todas las miradas comprobaron, en efecto, la aparición de un joven que, con lento paso, caminaba leyendo un libro.

—¡Macías el enamorado!

—¡El galán joven de la dama!

—¿De qué dama?

—¿De quién va a ser sino de la que hablabamos?

Y allí fué el redoblar de los comentarios:

—Si le digo a usted que se ve cada cosa...

—Y las que no se ven, señora, y las que no se ven...

—Es muy romántico, es un enamorado completamente platónico.

—A mí me da lástima.

—Y ¿por qué? ¡Quién sabe si le hará caso con el tiempo!

—¡Tendría que ver que se enterase don Juan!

—¡Por Dios! ¡Mire usted que si el demonio que todo lo enreda hace que le desafíe y le mata!

—A mí... tanto como que le matase, no ¡claro que no!; pero un duelo... ¡vaya! ¡no me digan ustedes! ¡poco divertido que sería... Pero de ser, que fuera pronto, porque se me acaba la temporada a fin de semana.

—¡No digas tonterías! ¡Cualquiera que te oiga!

—Ya, ya... ¡Qué pensará de todo esto el Padre...!

Y el cura respondió, volviendo de su rezo en el breviario:

—¿Eh?... No... yo... no tengo opinión... Estaba abstraído... oía sin oír...

—El Padre estará tal vez un poco escandalizado y acaso no le falte razón—insistió en insinuar una vez sensata. A lo que otra

tan femenina como arrebatada, replicó apresuradamente:

—Pues... ¡usted me dispense, señora! porque aparte de que no le hemos levantado falsos testimonios a nadie, aquí el padre es quien menos motivos tiene para escandalizarse, con perdón de la corona. Digo, me pareció a mí... ¡A fe que en el confesionario no las habrá oído más gordas!

El viejo intervino pausadamente:

—Usted, padre, ¿conoce a la «interfecta»?

—Sí, creo haberla visto el otro día en el manantial...

—Y... ¿qué me dice usted?

—Yo... la verdad... no tengo opinión... Nuestro Señor perdonó a la Magdalena.

—¡Que también era rubia!—saltó el zángano.

Levantóse en esto de su asiento una de las señoras que hacía las veces así como de presidenta honoraria del corro, y sus palabras dieron la señal del levantamiento de todo el campo.

Conustedes se está muy bien; pero es hora de que me vaya a tomar mi vaso.

—¿Es la hora para todos, no?...

Y unos tras otros, fueron dejando vacía y sorda la plazoleta, donde el surtidor de una fuente parecía poner risueño comentario al eco de la murmuración.

—¡Je, je...!—decía el cura—. ¡No les habrá cundido mucho la labor!

—¡La de gancho puede que no; pero lo que es la de tijera...!

Dos muchachas se quedaron rezagadas a muchos menos pasos que los que iban ya camino adelante:

—Yo, al no saber cómo se llamaba, le he puesto Macías el enamorado.

—Pues... el nombre es lo único que yo he podido averiguar. Se llama Narciso. ¡Y es más presumido!... ¡Mírale ahora! ¡Se está contemplando en el agua del estanque!

—Puede que le guste ver los peces.

—¡Qué! Si le conocía yo mucho de vista en Madrid, y siempre va por la calle mirándose en los escaparates.

Detrás de ellas, todavía iban zagueros dos de aquellos gánzanos, sus cortejos:

—¡Vaya si es suerte lisa la del don Juan!

—¡Usufructuarse una señora así!

—Es que las mujeres son pero que de lo más panoli.

—¡Hay que ver!

II

Narciso, según iba leyendo, no podía reparar en la aparición femenina que irrumpió de pronto en su camino, tirándole el libro al suelo del ímpetu con que, sin querer, le rozó al paso:

—¡Ay!... usted perdone.

—No... usted es la que tiene que perdonarme a mí—acertó a decir no más el muchacho en su azoramiento.

Ello, le valió una sonrisa:

—Usted no miraba.

Y entonces osó un poco:

—¿Y le parece a usted flojo pecado no mirarla?

El galanteo no logró sino trocar la primera sonrisa cortés en un leve gesto de fastidio;

—Está usted perdonado.

Viéndola seguir indiferente su camino, se decía Narciso en tanto recogía del suelo el libro:

—¡Ya he desaprovechado otra ocasión! ¡Qué manera de hacer el ridículo!

Ella continuó sin volver la vista, hasta la plazoleta del balneario, donde se detuvo como ante una meta. Luego dió dos o tres paseos cortitos y sin rumbo, mirándose los zapatos o arreglándose con apretadas caricias la caída de la falda. Arrancó distraídamente unas hojuelas de boj. Volvió a pasearse tarareando una canción tan sin rumbo como aquel divagar. Se sentó al cabo, buscó alivio en un bostezo y se dió a pensar ayudándose con trazar rayas con la sombrilla en la arena:

—En las bienaventuranzas... ¿se habla también de los aburridos? Me parece que no... No recuerdo bien, pero me parece que no.

En esto alguien que sigilosamente venía acechándola, se llegó hasta donde estaba, la contempló un instante, y aprovechando aquella actitud cabizbaja, le dió un beso en la nuca.

Ella ahogó un grito, se levantó de un salto, y rieron los dos.

—¿Qué hacías?

—... Esperar.

—¿A quién?

—A quién, a quién... ¿a quién puedo esperar?

—A otro.

—Verdugo.

El aludido, sin parar atención en el dictorio, dejóse caer en un asiento murmurando un ¡ay! más cansado que sentimental.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy viejo.

—Para coqueteos ya no estás, cierto.

—Estoy cansado.

—... De mí.

Se hizo una pausa grave.

—Haces bien en no negármelo. ¿Para qué? Estás cansado de mí. ¡Vete de una vez! ¡Te aseguro que estoy preparada!... ¿Qué has hecho en toda la noche de ayer?

El consiguió un gesto displicente:

—Desbanqué en el Casino. Después me fuí a esperar el día paseando a la luz de la luna.

—Para el reuma te setnaría muy bien. Estuve haciendo examen de conciencia.

—Decididamente estás viejo. Tu cinismo de otro tiempo tenía cierta gracia.

—¡Amanda!

—Qué...

Pero se volcaba en sus ojos.

—Amanda, me voy.

—¿Qué te vas?

Y se hizo otro silencio que parecía sin remedio.

—Decías... que estabas preparada.

—Sí, sí; pero ahora, tan de repente... Como a otras, como a todas...

El dejaba de intento que la conversación se cargase de silencios insostenibles para proseguir luego con cínica petulancia:

—¡Bah! Como todas... acabarás por olvidarme.

—Demasiado sabes que no podré. Nuestro amor es más fuerte que yo. ¡Te vas, te me vas, cuando ya no puedo ni llorarte! Abandonada hace diez años, hubiera formado en el coro de tus plañideras. Ahora, es tarde;

me has enseñado a sonreír. Te vas... ¿Y a dónde que más valga tu nombre?

—Al horizonte.

—No te entiendo.

—Ni falta. ¿He hablado alguna vez para que me contestes a tono?

—Es verdad. Tus palabras han sido siempre pretexto de tu voz. Tu mejor historia la que dictó Mozart el divino. Tus palabras han sido siempre música.

—¿Celestial?

Amanda halló el acento sincero de la irritación al replicarle:

—¡Del infierno, verdugo!

—Amanda.

—Qué.

—Dame un beso.

Amanda se le entrega sin falsos remilgos ni protestas. Don Juan sigue diciéndole con irónica persuasión:

—Es lástima que no hayamos ensayado mejor esta escena. Lo merecía.

—¿Aún no te sabes el papel? No puedo creerlo.

—¡Yo sí! Pero... ¿y tú? Debí tener en cuenta que no era de tu cuerda.

—¡Ahí es nada! ¡El último beso!

—Ah no, eso no. El último beso te lo he dado siempre. Al principio, porque me sentía morir abrasada en tu boca. Después, porque te ibas al rayar la mañana... para no volver.

—Y volvía.

—Y volvías. Ahora ya sé que no.

—¡Si no sabes por qué me voy...!

—¡Que no lo sé! ¡Que no lo sé!... ¡Porque no puedes nada contra ti mismo! ¡Si es tu sino! Tu vida es como un viento como el viento si quieres! avivas el fuego, y pásas. Así siempre. Confieso que llegué a creer que sería tu última amante. Porque cuando me lo dijiste la primera vez, pensaba yo: ¡Imposible! ¿Cómo ha de dejar don Juan de ser donjuán? Y para consolarme: «¿Estoy yo misma segura de seguirle queriendo si dejara de ser quién es?» Y robabas una novicia y me decía yo: «Se fué no vuelve; ¿cómo ha de dejar don Juan de ser donjuán?» Y volvías. Y burlabas la novia a tu amigo, y pensaba yo: «Se fué, no vuelve ¿cómo ha de dejar de ser quién es? Y volvías. Ahora has venido a despedirte. Ahora ya no vuelves.

—Ahora no—. Y luego de pensarlo: —Te juro que has sido la última.

Amanda sonrió triste:

—¿Por quién me lo juras?

—¡Por tí!

—¡Verdugo!

Don Juan inició un trémolo declamatorio.

—Amada. He hecho examen de conciencia. Si he de decirte verdad no he acertado a verme. Anoche la luna se ha reído muchísimo de mí proyectando mi sombra de una manera grotesca. El río también se me ha burlado de acuerdo con el viento del amanecer. Quise contemplarme en el agua y hacía una figura ridícula de fantoche gesticulante plegándome a las ondas rizadas para no ahogarme en mi sombra. La luz del alba me ha dado una lección: he visto un humo blanco en el horizonte. Amanda, me he acordado del antiguo penacho de mi chambergo. Soy un personaje muy de teatro. ¿A qué renegar de mí mismo? Si he de ser un carácter sostenido, necesito una muerte

de gran espectáculo. Amanda, te dejo porque te ibas apoderando de mí.

—¡Siempre he sido tu esclava!

—Tienes razón. Tú no me conquistabas. Pero tu mansedumbre me rendía.

Amanda, mi leyenda se iba apagando poco a poco en un rescoldo burgués. La moda del tiempo me obligó a quitar la pluma de mi chambergo porque no me corrieran los chicos de la calle. Sin querer, hemos llegado a que me suprimas el «vos» romántico que todas mis enamoradas me otorgaban sin yo pedirselo. Es necesario que me vaya. El horizonte agranda las figuras; el sol poniente decorará mi apoteosis.

Amanda recobr la sinceridad sin sarcasmo:

—Te vas demasiado pronto. Cuando aún te quedan alientos para declamar. Pero ya que te vas ivete cuanto antes!

—¡Crées que se puede echar el telón así sin más ni más? Es necesario ensayar el último ademán. ¡Qué me queda de mi garbo de un tiempo sino la elegancia de haber sabido embozarme con aire gentil! ¡Lástima que las circunstancias hayan precipitado los acontecimientos! ¡Cuánto mejor no hubiera estado en verso nuestra despedida, Amanda!

—¿Qué más...?

Ya se le saltaban las lágrimas, cuando don Juan muy sobre sí, sentenció definitivamente:

—Dame un beso más... ¡y ninguno más!

Era fatal que el coro murmurador de aguistas pasara entre la fronda, de vuelta del manantial. Delante los jóvenes, detrás las comadres; a retaguardia el viejo y el cura. Y compitieron en comentarios y pullas a cuenta de aquel apretado abrazo que los árboles del jardín, ni los setos y verdes empalizadas, eran bastante a encubrir:

—¡Ya hasta se duerme en la suerte!

—¡Pero están verdaderamente dormidos? ¡Serán sonámbulos!

—¡Qué vergüenza! ¡Y luego dicen que son cuentos!

—¡De hadas! ¡Juan sin Miedo y la bella dormida en el bosque!

—¡Ave María Purísima!... ¡Para que nos vengan luego con que si España empieza en los Pirineos!... ¡Y es ella la que está abrazada a él!

—Dios los cría y ellos se juntan.

—Mal está... pero... ¡le diré a usted! El hombre es fuego, la mujer estopa... polvo somos, luego vendrán los lodos...

—¿Qué me dice a esto el padre cura? Y como el sacerdote soslayara la respuesta con una sonrisa más indulgente que dolorosa, el viejo recaló con filosofía incommovible:

—Y así desde que el mundo es mundo. Quizá se santiguara el cura.

Don Juan desanudó lentamente de su cuello los brazos de Amanda. Luego, respetando su silencio la fué colocando con caricias sucesivas en postura digna y simple, caídos los brazos a lo largo del cuerpo, las manos levemente prendidas al borde del asiento.

—Adiós.

Se echó unos pasos atrás para contemplarla; se le acercó de nuevo a corregir un pliegue de la falda, juntándole los pies uno sobre otro. Volvióse otra vez a mirarla más de lejos:

—Adiós. Guarda silencio, en tanto yo me voy avenida adelante. Cuando ya no me veas, puedes monologar.

III

Amanda le siguió con los ojos. Al cabo rasgó el aire el golpe metálico de la caucela del parque.

—¡Verdugo!... ¡Verdugo! ¡Qué puedo decirte?

—¿Ni qué puede decirse a sí misma? Quien escriba su historia. ¿Su historia? La tuya, don Juan, siempre la tuya. Quien escriba su historia con la tuya, en esta página de la despedida, si quiere ser fiel a la verdad, dejará la página en blanco. Todo lo más... llena de puntos suspensivos. Tal silencio hablará mejor que el intento de repetir una y otra vez, sus palabras perdidas: ¡Verdugo!

Amanda cerró los ojos. Y echando hacia atrás la cabeza, se sintió impelida en vertiginoso retroceso del tiempo:

Las tapias del colegio eran altas, muy altas. Daban a otro jardín. Por encima de las tapias, subían los árboles a la busca de sol. Por encima de las tapias volaban risas y pájaros. La madre de Amanda le estaba besando en la frente.

Don Juan... Don Juan le besaba en la frente.

Un día, su madre le recogió las trenzas; otro día le alargaron el vestido. Don Juan, por juego, le dió un beso en la nuca—¡qué frío por la espalda y que ardor en las mejillas!— Por escapar de él corriendo, Amanda tropezó en el vestido. Cayó en brazos de su madre. Y las dos... las dos en brazos de don Juan.

Su madre besó a Amanda en la frente. Y se murió luego.

Don Juan besó a Amanda en la boca.

—¡Y yo no me he muerto!—prorrumpió Amanda en voz tan alta que se estremeció al oírse.

—¡La habrá dejado para siempre?—decía una de las curiosillas impertinentes que al amparo del jardín vieron la escena.

—No sé. Se lo he preguntado a «esos» y me han contestado cantando en flamenco que si es de ley él volverá.

—Debe ser triste quedarse tan «compuestas» y sin novio!

—¡Que mal hombre!

—¡A lo mejor tiene ella la culpa!

—Es verdad. Eso mismo pensaba yo.

—Pues que se ande con coqueteos tal y cómo se han puesto los tiempos!

No echaron de ver que Narciso volvía, siempre con su libro abierto en la mano. Si le ven no se van como se fueron cuchicheando por el parque al encuentro de algún corrillo con quien comentar el suceso.

Amanda alzó los ojos. No más que con lo cual, Narciso volvió a dejar caer el libro de las manos. ¿Cómo se aventuró a romper tan de improviso?

—Usted perdona... pasaba casualmente por aquí... y... me pareció que estaba usted llorando... ¡claro que es usted muy dueña de llorar cuando se le antoja...! Siento no estar presentado para haberle podido decir que... le acompaño en el sentimiento... Pero... no soy tan mal educado... como de-

be estar pareciéndole a usted... en fin... señora... beso a usted los pies.

Amanda, viéndole cómo se echaba a andar, casi corriendo, cómicamente desesperado, le llamó con sonrisa que valía por una carcajada.

—Eh... que se deja usted el libro en el suelo.

—¿Eh?... Muchas gracias, señora...—e inclinándose a cogerlo decía colorado por el esfuerzo de agacharse tanto como de emoción: —No valía la pena de que usted se molestara en... Muchas gracias.

—De nada.

Narciso, al coger el libro del suelo se quedó tan embobado mirándola, que se le volvió a caer, y esta vez desencuadradas las hojas a merced del viento.

—Pero ¿en qué está usted pensando, hombre de Dios?... Y perdóneme la libertad que me tomo en regañarle.

—Regáñeme usted todo lo que quiera. Lo tengo muy merecido. No sé en lo que estoy pensando.

Decía esto, de rodillas, arrugando de mala manera las páginas dispersas, en el afán de recogerlas.

—¡Qué lástima de libro! ¡Quiere usted que le ayude?

Narciso se decía, en voz tan alta como un aparte de teatro:

—¡La comparo con la Verónica y con el Cirineo...! ¡Prudencia, Narciso! ¡Valor, Narciso!

—¡Ay! ¡Usted es de los que se hablan a sí mismos?

—Yo... como usted guste... He querido decir a la disposición de usted. Aquí tiene usted, señora.

Y levantándose, se acercó a darle el volumen deshecho.

—Tráiga usted, hombre, tráiga usted... Páginas 105, 53, 220. ¡Vaya un lío! Tenga usted un momento esos pliegos mientras yo arreglo esta otra parte. Bueno, ahora démelos otra vez. Espere usted, que ya los fibos a colocar del revés por su culpa... Ya está. Con su permiso... Leyó en la cubierta: —«Stendhal, Del Amor.»

—Es un libro curiosísimo. Si lo quiere usted leer está a su disposición y si le gusta, me permitirá que le regale otro ejemplar... Este está tan estropeado...

—Muchas gracias—se apresuró a interrumpir Amanda—. No me interesan las teorías sobre el amor. Por lo general leo muy poco. Cuando no tengo cosa mejor que hacer. Los versos sí que me gustan. No entiendo nada, pero me gustan. Naturalmente que a usted no le importa nada de todo esto.

—¡Claro, sí naturalmente! Usted perdona. Me parece que acabo de decir otro despropósito... Si le he de decir la verdad, no la escuchaba... Bueno, la escuchaba y no la oía. En fin, su buen sentido compensará la vaciedad de mis cinco.

—Calle usted, calle usted, don Taraviya,

—Narciso me llamo para servir a usted.

—Muchas gracias por su amabilidad, pero ya lo sabía. Lo acabo de leer en la cubierta de su libro.

—¡Ah, ya!

—Tenga usted.

Amanda, al entregarle en tomo, dió un recorrido con el pulgar a todas las págs. para asegurarse de que estaban bien ajustadas.

—¿Usted es de los que ponen notas de su cosecha al margen de los libros?... ¿Le molesta a usted que las lea?

—Son tan personales que... no tienen interés para... en fin, si usted me permite no enfadarse...

—¿Enfadarme? Y ¿por qué?

Amanda abrió el libro con curiosa avidez: —A ver, a ver... Aquí hay unas líneas subrayadas: «el amor es como la fiebre, nace y se extingue sin que la voluntad tenga en ello la menor parte»... ¿Usted lo cree así?

—Sí, señora.

—Pues está usted equivocado. El amor no se extingue.

Siguió hojeando el libro:

«Esto hace que, en las primeras palabras a la mujer amada, se nos escape una serie de cosas que no tienen sentido, o que tienen un sentido contrario a lo que se siente, y aún lo que es más doloroso, que se exageran los sentimientos propios y se hacen ridículos a sus ojos.»

Levantó los ojos, y dijo pausadamente:

—Esto quizá sea verdad.

Siguió comprobando la página de Stendhal:

«Saber si vale más tomar a las mujeres como el don Juan de Mozart o como Werther...»

De pronto Amanda prorrumpió en exclamaciones de asombro:

—¿Eh?... ¿Qué dice aquí?

Se encaró con Narciso:

—¿Qué ha escrito usted aquí?—Y repitió lo que estaba escrito: «Decidete, Narciso, a preguntárselo a Amanda... Tome usted su libro. Es usted un mequetrefe.»

Más que devolvérselo se lo tiró. Nuevamente se despararon sus páginas por el suelo. Narciso monologaba, arrodillado, para recogerlo:

—Es usted un mequetrefe... es usted un mequetrefe... Aquí quisiera ver yo a Hamlet monologando: Ser o no ser. Ser o no ser... un mequetrefe.

¿Cómo fué que don Juan volvió sobre sus pasos? Las mujeres de aquella colonia sorprendieron a hurtadillas el momento en que, arrodillado Narciso, edio desfallecido sobre el banco, contemplaba turulato la precipitada pasión de Amanda en brazos de don Juan otra vez.

—¡Ya estarás contenta, ay Dios, ya estarás contenta!—declamó una a otra dos de las jovencitas al acecho.—¡Ahora le desafia y le mata!

—¡Y ella es la que tiene la culpa de todo!... Bien empleado le estará cuanto le suceda!

—¡Niñas, qué fuego vais a apagar!—regañábalas una madre solícita.—¿Qué pasa?

Su escándalo subió de punto al descubrir a Amanda reclinada la cabeza en brazos de don Juan, que, mefistofélico, sonreía al desventurado Narciso:

—¡Jesús, que descaró! ¡Miren la muy... pindonga!

—¡Ave María!—se santiguaba otra mujer edad.—Pero no tiene ellos toda la culpa. Ya lo dijo el poeta... la noche... la ocasión... Claro que lo podían haber dejado para la noche que se ve menos... pero entonces desaprovechaban la ocasión... y como dicen que para las ocasiones son los amigos...

—¡Ay, Dios mío, qué pasará!—insistía la ingenua.

Y su amiga complicaba las suposiciones:

—Si es como Otelo soy, Dios no lo permita! si es como Otelo la matará a ella y se matará él después.

Se perdieron por el jardín, disimulando su creciente curiosidad, cuando don Juan se desprendía ya de los brazos de Amanda:

—Suelta.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Me conoces... y me lo preguntas!

—¿Qué vas a hacer? ¡No! ¡Tú lo sabes mejor que yo! Mirame a los ojos a ver si te engaño... Sabes que no podría engañarte aunque quisiera. ¡No me martirices, verdugo!

—No dudo de tí. Pero me debo a mí mismo. ¡Caballerete!

Amanda se tapó la cara con las manos. Narciso, respondió al reto fanfarrón levantándose con inexperta arrogancia:

—¿Es a mí?

Don Juan lanzó una carcajada de aquellas de sus tiempos de libertinaje y escándalo:

—¡Caballerete!

Narciso dió un paso hacia adelante, y Amanda se dejó caer vencida en el banco.

—¡Don Juan!—exclamó el joven sin hallar el acento heroico conveniente.

—Acérquese—continuó el gran amador con obtinada prosopeya, doblada de socarronería.—Los años que le llevo me consienten ciertas libertades. Acérquese sin miedo. Con permiso.

Y acercándose decidido tomó al tacto el biceps del mozo:

—A la verdad que no se diría... Hay músculo. Celebro mucho el poderme batir con usted sin remordimiento de manifiesta superioridad. Otorgo además a su inexperiencia la elección de armas, lugar y cuantos pormenores estime usted oportunos. Deplo el verme obligado a un lance tal; le aseguro que su acción de usted me tiene muy sin cuidado; pero ¡qué quiere usted, caballerete! Don Juan se debe a sí mismo... Sonreía de nuevo tanteando el biceps robusto. Hay músculo, hay. ¿Todo gimnasia sueca?

—¡Mañana tendré el gusto de matarle a usted!—exclamó Narciso, ronca la voz.

—No se precipita. Filosofémos ante la uerte—objetó don Juan con pausa... ¿Tiene usted interés en matarme?

—Sí, don Juan.

Narciso hablaba ya resueltamente, con violencia de tímido exasperado.

—¿Qué le importa a usted más, lograr el amor de Amanda o matarme a mí?

—Todo es uno y lo mismo don Juan.

—Escúcheme. Usted es muy joven todavía. Yo soy un hombre experimentado.

—De poco puede servirme la experiencia ajena.

—Por eso debe usted olvidarse de mí en absoluto y hacerse una experiencia propia. Mi lección es desinteresada, créame. Usted no puede ser mi rival, porque yo me voy. ¿Entiende usted, joven? Me retiro a tiempo de que sigan los ojos de las mujeres fijos en el airón del chambergo que usaba antaño. No pretenda matarme.—Y aquí engoló la voz al tono del verso.—Dejaréis la leyenda imposible para «vos» y para mí. Muerto yo al filo de su espada o a la bala de su pistola, Amanda se encerraría en un convento, se suicidaría ¡qué

sé yo! No sabe usted bien lo arrojadas e irreflexivas que son las mujeres puestas a hacer tonterías románticas... Si yo le hiero a usted, en cambio, el triunfo es suyo. Yo me voy, porque me faltan facultades. Amanda—Amanda no escuchaba absorta en la contemplación de aquella escena tan de súbito trocada de violenta en confidencial. —Amanda curará su herida de usted. Déjese querer, no pretenda «conquistarla». Iníciase en el secreto de sus labios sabios. Tiempo tendrá usted de iniciar a su vez a las mismísimas once mil vírgenes. Amanda sabe mucho. No en vano ha sido mi última enamorada.

Se sonrió:

—No dude usted de la verdad de cuanto me ha oído, ni menos intente valerse de mi secreto para amenguar mi fama. Sería inútil. No le creerían a usted. Adiós.

Narciso se quedó perplejo. Don Juan volvió sobre sus pasos.

—Usted perdona. ¿Tiene usted un guante a mano? He desperdiciado tantos pares que no me queda ninguno que arrojarle.

Narciso, intimado, casi como un autómatas, buscó en un bolsillo:

—Pero éste es de sport...

—No importa. El ademán lo es todo. ¡Caballerete!

Se puso en facha otra vez, alzando la voz.

—¡La suerte está echada!

Le arrojó el guante. Fingió embozarse en la capa imaginaria que nunca se ponía ya. Tal vez pensó sinceramente que Narciso podía haber acabado con él de un estocazo. Narciso le vió marchar sin saber qué decirle.

IV

Amanda se alzó del asiento, miró a Narciso de arriba abajo, miró con ansia triste el camino por donde don Juan desaparecía, y echándole un suspiro, tomó aliento para seguirle paso a paso.

Narciso, guardando la distancia, se fué tras ella.

La más ingénus de las muchachas del balneario apareció por entre la fronda, llegó corriendo al libro que Narciso y Amanda dejaron olvidado en el suelo. En las sombras del atardecer parecía un pájaro herido.

Las hojas abiertas aleteaban al soplo del aire.

—¿Qué haces?—le preguntó su confidente, que tras ella iba corriendo también.

—Mira qué libro.

—«Del Amor».

—Es... de Narciso... míralo... aquí lo pone... ¡Voy a llevárselo!—exclamó con súbita resolución a tiempo que se perdía ligera, senda adelante.

—¡Oye! ¿Qué haces? ¡Oye! ¿Estás loca?

A los gritos llegó la madre precediendo la curiosa teoría de bañistas murmuradores.

—¿Qué es ello? ¿Qué pasa?

Una fugaz claridad rasgó el cielo obscuro. Alguien dijo:

—¡Una estrella de rabo!

Hombres y cosas del XIX

DON ANTONIO ALTADILL

por J. M. PASCUAL

LA COMEDIA

Hijo de Tortosa, desde joven trasladóse a nuestra ciudad, donde, mal que peor, vivía de la pluma, que no hubiese podido vivir de otra cosa, con su cuerpo desmedrado y su salud no muy sobrada. Sin ser jorobado, su cuerpo era torcido. Según Roberto Robert, Altadill se parecía a un olivo que anduviera. Por virtud o por necesidad, fué sumamente trabajador. Las cuartillas salían rápidamente de sus manos, como si estuvieran escritas en «rotativa». Así se comprende que su estilo, aunque fácil, no fuese un modelo literario.

Casado y con hijas, a pesar de que su esposa y las niñas le ayudaran a llevar la casa, las más de las mañanas carecían del indispensable duro para ir a la compra. Un atardecer estaba de espera en casa de sus editores, los «Hermanos Espasa», solicitando, naturalmente, unas pesetas, cuando apareció Roberto Robert, quien tampoco vivía muy sobrado. No hay que decir lo que mutuamente se estorbaban ambos en aquella ocasión.

Robert, como haciendo alarde de sincerarse del estorbo, díjole a Altadill:

—Antonio; para dos «espasas», dos vainas.

Altadill hizo como que reía el chiste, con risa de conejo, sin pasarle de los dientes.

Al cabo de media hora mortal, el dependiente llamó a don Antonio, que luego sale del despacho de los editores con un menguado paquetito de pesetas, y acercándose a Robert, díjole, a modo de trágala:

—¡I quina gracia me haven fet, ab alló de las espasas y de les vainas!...

Maldita la que le hizo a Robert, que salió en pos de Antonio, sin que le adelantaran ni una peseta más.

Un día estábamos invitados, con otros compañeros de la «peña» a casa un amigo de la Barceloneta, a comer una sopa de tortuga. Antonio era hombre de buen diente y fino paladar, y estas comidas especiales le dislocaban de placer. Quedamos en encontrarnos en el Café de las Delicias, para ir juntos a la comida.

Allí nos encontramos, pero era ya más de la una, y al salir del café, me paró un conocido para preguntarme dónde íbamos y decirme luego cuatro gansadas. Contesté brevemente a su impertinencia, cuando terció Antonio.

—Amigo—nos dijo—tened presente que es muy tarde y que los amigos nos aguardarán, o mejor dicho: No nos aguardarán. Su conversación era por demás amena y bien sazonada de chistes.

En política formaba en el partido republicano, que al subir al Poder en 1873, le nombró gobernador civil de Guadalajara.

Excusado es decir que cada mañanita, después de almorzar, se venía a Madrid a nuestra Peña del Suizo, donde íbamos asi-

duamente con Feliu y Codina, los hermanos Joaquín y Ginés Arimón, Llanas, Eduardo Inza y otros amigos, hasta media tarde. Dábale luego una vuelta por el ministerio de la Gobernación, regresando al anochecer a su vecina insula.

Una madrugada, recibe este telegrama cifrado del ministerio:

«Anoche se robó la capa del subsecretario en su despacho de este ministerio. Nos consta que el ladrón está en esa provincia.»

No hay que decir que en el acto se dió orden a la policía para que registraran fondas, posadas, casas de dormir y mancebías, en busca del ladrón y de la capa del subsecretario. A la mañana siguiente, cuando se disponía a salir de casa, llama al jefe de Policía.

—Blanch—le dijo, era asimismo catalán y amigo nuestro—, no busques más al ladrón ni la capa del subsecretario; el ladrón soy yo, y la capa es ésta, que ayer tarde cambió con la mía en el ministerio.

La cosa tiene muy poca gracia, pero menos la tuvo para don Felipe Tutau, banquero y hermano de don Juan, el ministro de Hacienda.

—Ayer el Gobierno «intervino» el telégrafo—nos dijo don Felipe—, y no pasó ni un telegrama particular, lo que me costó treinta mil reales, por no poder rematar una operación de Bolsa con Barcelona, mientras ustedes se entretienen—dijo otro verbo—bromeando con el telégrafo como cosa de juego. ¡Graciosos!

EL DRAMA

Seguramente para que el gobernador de Guadalajara no fuera con tanta frecuencia a Madrid, se le trasladó al Gobierno civil de Murcia, cuando al poco tiempo surgió el «Cantón» en Cartagena. Altadill no tuvo más remedio que ir a la ciudad sublevada para restablecer el orden y devolver la escuadra al Gobierno legítimo. ¡Casi nada! El pobre Antonio, sin fuerza moral ni física, no pudiendo recurrir a otras autoridades, como no fuera la del obispo, quiso hacer de tripas corazón, y seguramente para no quedarse sin corazón ni tripas, parece que no tuvo otro remedio que buscar la huida, más o menos disfrazada.

Inútil es decir que por lo civil se le formó expediente, y por lo militar Consejo de guerra.

Se le exigían explicaciones inmediatas, se le amenazaba con cruentas penas por aquel mal paso.

Ello fué, según se dijo, que el pobre gobernador ni volvió a Murcia ni se le vió en Madrid por de pronto.

El caso, naturalmente, fué muy sonado, no faltando quien aseguraba que los cantonales le habían fosilado, mientras otros, bromeando sobre las torcidas espaldas de

Altadill, aseguraban que Antonio Gálvez le había nombrado subalmirante de la escuadra; noticias que, naturalmente, tenían con ansia a su pobre familia y a nosotros, sus buenos amigos.

Calmó nuestra intranquilidad el saber que, clandestinamente había llegado a Madrid, donde se plantó en el domicilio de Santiago Soler y Pla, amigo nuestro y a la sazón ministro de Ultramar. Calcule el lector cómo se quedó Soler cuando su criado le dijo que un señor llamado Antonio de Padua—era el pseudónimo de Altadill—deseaba verle en el acto por una confidencia. Hízole entrar en un gabinete reservado, y allí le dijo que sabía por experiencia que cuando se fumiga un buque para matar las ratas, se las encuentra al otro día muertas alrededor del fuego, porque es allí donde hay menos humo. Así, como me ahogo por los pestilentes humos de la policía, vengo al amigo ministro para que, como autoridad, me abraséis como a un vil ratón o me amparéis como a un fiel amigo. Soler tranquilizó al temeroso Antonio; vió luego a Tutau, que se rió en grande de las pintorescas relaciones que hizo Altadill del «Cantón» y de su desprestigiada autoridad, y aseguró que en aquel estado, completamente inerte y amenazado, sin tener a quien recurrir ni quien le amparara, no tuvo más remedio que hacer lo hecho.

Tutau y Soler y Pla fueron al ministerio, tantearon a Pi y Margall, que estuvo completamente irreductible, queriendo encarcelar y mandar a presidio al pobre Antonio, que no tuvo otro camino que el de Barcelona, donde anduvo celándose hasta que cayó la República y el Gobierno del duque de Latorre, que al ocuparse de este asunto, se formó Consejo de guerra, que condenó a muerte al pobre ex gobernador de Murcia, por abandono de destino, complicidad en la sublevación y otras punibles zarandajas.

En tal situación, el bondadoso Valentín Almirall y otros amigos, auxiliaron al pobre Antonio, quien se fugó a Perpiñán, hasta que el Gobierno de la Restauración le indultó por mediación del diputado don Joaquín de Cabiral.

—¿Y el drama?

En aquel entonces, para huir a Francia bastaba, generalmente, tomar el tren en Badalona.

Allí fué el zarandeado ex gobernador en un coche de alquiler.

A la vuelta del carruaje, le salieron unos ladrones al cochero, en término de San Adrián del Besós, y le exigieron dinero. El pobre cochero no pudo satisfacer a sus asaltantes, y el más desalmado de la partida le dió una cuchillada, de la cual el infeliz moría a los pocos días.

He ahí el drama.

También murió el simpático Altadill pocos años después de su regreso de Francia.

Recuerdos de un mes de abril en la Universidad

Lo que hacían y narraban los futuros abogados
que todos conocemos

por RAFAEL MORAGAS

Al llegar a este punto los recuerdos vienen a nuestra memoria un sin fin de nombres, todos en aquel final de siglo XIX: jente joven. Nuestro punto de reunión a primera hora—las ocho y media de la mañana—era el patio de Derecho de la Universidad de Barcelona. Por él paseaban antes de entrar en clase, gente escuda y absurda. Muchachos graves y juventud alacada y pintoresca.

Aún vemos por aquellos claustros a Juanito Ventosa y Calvell,—que más tarde se convirtió en el Excmo. señor don Juan Ventosa y Calvell y en ministro de la Corona, y a sus inseparables, Ramón Vives Pastor—el poeta que tradujo el catalán a «Omar Kayyam» y a nuestro inolvidable Alejandro Soler Rovirosa, estudiante de Derecho en aquella época y que caricaturizaba a maravilla con pasmosa facilidad de lápiz a catedráticos, bedeles y estudiantes. Vives Pastor, poseía un humor envidiable. Nadie como él para trabucar a drede los nombres de los literatos clásicos y románticos. Una vez, en plena aula, habló a propósito de un «San Ramón de la Cruz» como poeta místico, que fué coreado con una carcajada. A Teophile Gauthier, le llamaba «Leófilo Gutiérrez». Tenía Vives Pastor un grito de guerra de su invención que ponía en conmoción a todo el patio de Derecho y Filosofía y Letras. Era así: —«¡Con... ten... cio... o... o... so... Adminis... ss... ss... trativo!» Se respondía el grito con un «¡Hurra!» unánime y atronador.

También por aquel patio veíamos a Salvador Vilaregut—que devoraba a d'Annunzio—; a Jerónimo Zanré Rodríguez, que se lanzaba a la composición de sonetos y que solamente pensaba en el Renacimiento italiano; a Joaquín Peña, que alternaba a Wagner con sus escándalos en la Plaza de Toros de la Barceloneta con los que tenía loco a Mazantini; a Luis Salgado, que imitaba a la perfección a nuestro padrino, Rafael Calvo, y al gran Antonio Rosés, en el que toda diablura y algarazara hallaba cobijo.

Otros muchachos, algo más jóvenes que los mencionados, daban fe de vida por aquel sitio. Eduardo María Buxaderas de la Cantera, que leía incesantemente a Valera que tanto se avenía con su espíritu culto y delicado; Francisco Layret, atraído fuertemente por la política; Joaquín Salvatella, que leía a Galdós; Eugenio d'Ors, nuestro «Xenius», matrícula de honor en toda la carrera; Ramón Pella, que apenas contaba veinte años, ya daba conferencias acerca de Spencer; Magín Sandiumenge, traductor de «Maeterlinck» a los diez y ocho años, y a cuya edad lucía espesa barba y se tocaba con un sombrero de media copa; Pedro Mensa, que en clase de Literatura bautizó a un estudiante muy flaco con el nombre de «Doña Ana Girón de Rebolledo», y, efectivamente, aquel alumno recordaba a la perfección a la esposa de Garcilaso de la Vega; Bernardo Puiggetó, elegante si los hubo, y a un muchacho fornido, de ignorancia enciclopédica, al que llamábamos «El xiquet de Reus», que había sido

condiscípulo nuestro en los Escolapios y que al examinarse, en el Instituto de Historia Natural, contestó a la pregunta del catedrático Mir y Navarro: «¿A ver, diga usted un roedor?». Contestó sin inmutarse: «¡El elefante!».

**

Una mañana, Ramón Vives Pastor nos relató un hecho extraordinario. Se lo había referido su padre, el señor Vives de Mendoza, que era notario. El hecho, que sin duda va asombrar y regocijar al lector, era el siguiente:

En una casa de la calle de Borrell, había un señor muy entrado en años, que se hallaba gravemente enfermo. El paciente no tenía más familia que seis sobrinos. Al pobre señor le cuidaban solamente dos de los sobrinos: Carlos y Federico. Los demás, ni se acercaban por la casa.

Al atardecer de un día, el médico de cabecera comunicó a Carlos y Federico que la ciencia había agotado todos los recursos y que él declinaba toda responsabilidad. El pobre enfermo se moría irremediablemente.

Se marchó el médico, no sin prometer, que antes de la media noche volvería, y quedaron solos los dos sobrinos. Carlos y Federico quedaron anonadados.

—Ya lo ves..., el tío se muere...

—¡Y sin testar!—dijo el otro.

Tú y yo, cuidándole, velándole, con la sana intención de que...

—Sí... de que nos legue su fortuna...

Y ahora, ya ves, sin otorgar testamento, vamos a tocar con los otros cuatro sobrinos a partes iguales... Muchos, pero muchos, miles de pesetas que se nos escapan...

Se hizo una pausa. Después de un «espera», pronunciado por el sobrino Carlos, salió éste de la habitación, abrió la puerta del piso y llamó al portero de la casa.

—¿Perets?

—«¡Pujol!» y subió el portero dejando abandonado el quiosco de remendón que tenía instalado en la portería.

Una vez en el piso, Carlos y Federico le preguntaron al portero—al bueno del zapatero «Peret»—si quería ganarse inmediatamente 5,000 pesetas.

—«Cinco mil... ¿Qué he de hacer?...»

—Muy sencillo—le dijeron—. Usted se acostará en una cama, vendrá un notario, usted dirá que es nuestro tío... le daremos instrucciones detalladas... y nos deja usted toda la fortuna.

Quedó perplejo el portero. «Peret» solicitó diez minutos para pensarlo y decidir-se. Se los concedieron.

**

El zapatero «Peret», alternando sus pensamientos con el claveteo una suela, estuvo diez minutos en el quiosco de la portería. Su faz se iluminó por un momento... Dejó los trebejos, se puso en pie, cerró el quiosco, subió nuevamente al piso y se puso a la disposición completa de los sobri-

nos Carlos y Federico. Se le dieron unas instrucciones y se le recomendó valor y prudencia. «Conformes..., conformes»—iba diciendo el remendón, mientras se desnudaba y se metía en la cama. En el otro extremo de la casa, el verdadero tío, entraba en la agonía sin darse cuenta de lo que muy cerca de él acontecía.

**

Se llamó a un notario. Este llegó junto a la cama del zapatero «Peret». Y éste, con voz muy débil, expresó su voluntad de testar. Comenzó el notario con los preámbulos consabidos de «a tantos de tantos... en la ciudad de Barcelona, ante mí, don Fulano Mengano, notario de este Ilustre Colegio...»

Y el zapatero, con voz que era un hilo, iba diciendo:

—«El entierro que sea modesto..., las misas... que las digan en la Casa de Caridad, curas pobres... A la criada, que se llama Mónica Ginestrón, le dejo la cantidad de 1,000 pesetas... a Clementa Bastóns, que viene a ayudarla los sábados, 250 pesetas. Y toda mi fortuna, que se halla en el Banco de Barcelona, caja número tal, talón número cual, repartida en partes iguales, entre mis dos sobrinos, aquí presentes, Carlos y Federico...»

Al oír esto los dos sobrinos, que reventaban de gozo, quisieron poner reparos. El notario les hizo observar que no podía coartarse la libertad del testador.

—¿Y qué más?—preguntó el notario.

—«Ah, sí—dijo el falso tío—y a un hombre, que me ha sido fiel toda la vida, que es el portero de esta casa, que se llama Pedro Palafina Gafarrut, le dejo esta casa en que vivo, de la calle de Borrell y que es de mi propiedad.»

Se acabó y firmó el testamento. Se marchó el notario. El sentimental del portero no quería ser menos que los sentimentales de los sobrinos. El artista «Peret», el sagaz remendón, se había él mismo otorgado una finca, cuyo valor ascendía a sesenta mil duros.

Apenas se marchó el notario, sobrinos y portero se liaron a palos. Se descubrió todo y salieron a unos doce años de presidio.

Y esto fué lo que regocijadamente nos contó en un patio de la Universidad, pocos días antes de examinarnos, en una espléndida mañana primaveral, el ingenioso estudiante, modelo de inteligentes y agudos, Ramón Vives Pastor.



San Jorge patrón de caballería

por MACARIO GOLFERICH

La devoción a San Jorge, mártir y caballero cristiano de Capadocia, pasó a Occidente en tiempo de las Cruzadas por ser el patrono de los caballeros templarios, y así es que San Jorge es patrón de Inglaterra, Génova y Cataluña, por dicho origen. También tuvo Cataluña Condes Reyes que fueron templarios y vestían dicho hábito sobre la cota de malla y la Cruz del Temple fué nuestra enseña antes de las barras. Los templarios eran los caballeros de vanguardia en nuestra reconquista, y muchos nobles catalanes entraron en aquella milicia y pasaron a Palestina, pareciendo imposible que más sepamos de ellos por los historiadores árabes que por los nuestros, no siendo de extrañar la devoción al Santo por nuestros caballeros, y que la Generalidad de Cataluña lo adoptase por patrón y mandara en 1420 al maestro Pere Johan Catalá que esculpiera en el muro de cerca del patio la figura equestre del Santo en la complicada baranda de la calle del Obispo, y la Generalidad dióle veinte florines de oro, excediéndose en lo ajustado. En 1430 construyóse en el mismo palacio la capilla que dedicó al mártir de Capadocia, pintándose un retablo que no existe y bordándose por el maestro Sadurná un tercio y frontal de lo más rico que imaginarse pueda. En la Catedral tuvo altar entre la capilla de San Clemente—actual Concepción—y la de las Santas Catalina y Ursula—hoy San Narciso—o sea la actual entrada a la del Santísimo, lo que modificóse en el siglo XVII, desapareciendo dicho altar.

Muchas son las obras pictóricas de época gótica que han llegado a nosotros repre-

sentando al Santo Patrón de Caballería, y en el castillo de Montesa, Orden que sucedió en Aragón al Temple, había un altar, maravilla en el arte valenciano, que hoy está en un museo de Londres. Nuestro Museo de Arte Antiguo tiene una tabla central de un triptico, en el que vese al apuesto caballero vistiendo férrea armadura y a su lado la dama sosteniendo la celada con rico turbante, y cuya pintura, original del célebre Jaime Huguet, legó al museo el buen amigo Emilio Cabot.

En el altar que había en la iglesia de San Antonio Abad de nuestra ciudad hubo un San Jorge que era modelo de diseño y pintura, pero no fué pintado por Vergós, como pretende Sampera y Miquel, sino que fué el mismo Jaime Huguet quien pintó el altar para aquel Hospital, y precisa no conocer trazos ni factura para clasificarlo como de Vergós. Desaparecido en el incendio, conservanse buenas fotografías.

Nuestra Generalidad celebraba la fiesta de San Jorge guarneciéndola con ramas la casa toda, y empalmando muros, o sea que en ellos colgaba ricos tapices, teniendo noticia cierta de unos paños de Arrás que mandó labrar en el siglo XV, y en los que se representaba la historia del Santo, y sabemos que en su día había música todo el día, pues se paga a un «pandero» y un «rabanets», que debían acompañar a otros menestres.

La Diputación de Barcelona ha procedido a la restauración de la capilla, y es muy de alabar que haya sido repuesto en su sitio el rico y bordado dosel, pues fué falta de respeto el hacerlo servir para otro uso; de modo que, por la terminación

del patio de San Jorge y por el arreglo del altar y capilla, hay que felicitar también al arquitecto don Juan Rubió y Bellver, quien, al salvar el patio de eminente ruina, ha prestado un gran servicio a la Diputación y al Arte.

La poética leyenda de San Jorge es de origen mitológico griego, y describese así:

Cefeo, rey de Etiopía, y su esposa Casiopea tenían una única hija, de sin par hermosura, y alabábanse de que era más bella que las Nereidas, por lo que Neptuno mandó que un monstruo marino asolara Etiopía, imponiendo el tributo de una doncella y un cordero; pero habiendo cabido en suerte a Andromeda el ser encadenada a una roca al borde del mar para ser devorada, prometiéndola su padre por esposa a quien la libertase del monstruo y Perseo venció al monstruo, libertando a Andromeda. Minerva deificó a la bella Etiopía y dióle por reino la constelación que lleva su nombre. Adaptáronla después al Cristianismo, y no sabemos el nombre que tuvo el que hoy apellidamos Jorge, pues «Georgius» es el habitante de la provincia romana de Georgia, y es común en los mártires el que al nacer a nueva y eterna vida por su martirio les diesen nuevo nombre.

En Cataluña se le hace aparecer al Santo en muchas batallas contra moros, y tiene especial protección de las plazas fronterizas, pero en Valencia es donde la imaginación popular invoca al Santo patrón, y aun hoy en día se celebra su fiesta en Alcoy al grito de «San Jordi, moros», haciéndose un derroche de pólvora y aguardiente.

EL SEÑOR VESTIDO DE NEGRO

por ANTONIO R. DALMAU

En todo el barrio le conocían por «el señor vestido de negro». Se parecía al Dante. Era así delgado, demacrado, de rostro largo y nariz aguilona y ojos grandes, tranquilos, como cansados de mirar.

Cuando tres años atrás, el «señor vestido de negro», que entonces usaba trajes claros, fué a ocupar la casita que alquilara, con su esposa, joven, rubia, y tres hijitos, un niño de cuatro años y dos mujercitas de seis y ocho, los vecinos comprendían que era feliz. Y realmente lo era. Le decía su cara risueña, su jovialidad y su mirada.

Todas las noches se le veía jugar con sus hijos en el jardín, mientras su esposa contemplaba desde el balcón sus juegos.

La señora era joven y elegante. Todos los días se la veía salir apenas la tarde se iniciaba y retornar con las primeras sombras de la noche. Hasta que un día los vecinos no la vieron regresar. Desde aquel día el señor adquirió un aspecto de honda melancolía y vistió de negro.

La puerta de la calle se entornó, las persianas no se abrieron más, y se acabaron los juegos y las risas en el jardín. En la casa se hizo un profundo silencio, como si alguien hubiera muerto en ella.

Diariamente «el señor vestido de negro» salía acompañando a sus hijitos a la escuela. Los niños no vestían de luto y los vecinos no podían comprender esto. A la hora

del crepúsculo, el señor volvía a su hogar caminando lentamente.

Sus hijos corrían a recibirlo y él, hincándose, abría sus brazos y abarcando a todos a la vez, los estrechaba tiernamente contra su pecho. Sólo en aquel instante el rostro de «el señor vestido de negro» se iluminaba con una sonrisa alegre.

Una noche, el señor acaba de acostar a sus pequeñuelos. Como cada día, con infinita ternura paternal, les había descalzado y quitado las ropitas, y, como una tierna madre, les había arrullado con una vieja canción cuna... Su canto era un murmullo. Su voz grave y melancólica repetía el mismo tema musical hasta que los niños se quedaban dormidos. Entonces él se levantaba, besaba sus frentes y se alejaba de puntillas.

Aquella noche, cuando él iba a abandonar el dormitorio de sus hijos, entró la vieja criada, que viera nacer a los pequeños, y el señor observó en sus facciones algo que le hizo temer el conocerlo. La sirvienta le dijo unas palabras en voz baja. «El señor vestido de negro» palideció. Tras unos minutos, en que su frente ceñida sumió unas arrugas más, dió una orden.

Leve susurro de una falda y luego la presencia de una mujer que quiso hablar. El señor le indicó que guardase silencio y ambos salieron de aquella habitación.

Ya en el dormitorio del señor, éste le indicó su propio lecho, y sin decir una sola palabra retornó al dormitorio de los niños y se tendió en un diván.

No durmió. Muy temprano estuvo en pie, y cuando los niños, en camiseta, corrieron a él, gozosos, se pararon, sorprendidos. Vieron una lágrima en sus ojos.

En el comedor, la aparición de una mujer hizo abrir a los niños tamaños ojos.

El nene preguntó:

—¿Quién es esta mujer, papá?

Hubo un momento de silencio mortificante. Luego el señor tomó su sombrero, besó a los pequeños y, como respondiendo a la pregunta del nene, a la pregunta que quedara vibrante en el aire, dijo con voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas:

—Es vuestra madre, hijitos; vuestra madre que acaba de llegar de un largo viaje...

Y salió bebiéndose el llanto.

La puerta de la calle no se entornó más. Las persianas se abrieron de nuevo y los vecinos vieron otra vez, en las penumbras nocturnas, la silueta, bella y elegante de la señora.

Pero el señor no volvió a jugar en el jardín con sus hijos, ni cambió de aspecto, y no se sacó el luto, y los vecinos siguieron llamándole «el señor vestido de negro».

La humanidad sobrevivida

EL MUNDO AMARGO Y PINTORESCO DE LOS «PENSIONISTAS»

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Ya se ha dicho que en cada ciudad, aun sin salirse del perímetro urbano, hay varias ciudades. La ciudad de los poderosos y la de los desheredados; la de los hombres reglamentados que hacen todos los días la misma cosa a hora idéntica, y la de los pírueteros, la de los desorientados, la de los poetas de estro y botas rotas; la de los ahitos y la de los desnutridos; la de los hombres de honor y la de los deshonrados; la de los que viven a la luz del sol y la de los que se emborrachan del ajenjo mixtificado de los rayos de la luna.

Y hay, por último—saliéndose ya al extrarradio—, la ciudad de los muertos, más densa que la ciudad viva.

Todas estas ciudades hay en una ciudad, y todas ellas han sido estudiadas y han nutrido de disquisiciones más o menos acertadas el papel impreso.

Pero hay otra ciudad, desechada hasta ahora por periodistas y literatos, por poetas y cantores. Una ciudad «intermedia», que no pertenece a la vida ni a la muerte, alimentada más por los que fueron que por los que son; una ciudad cuyos directores no deben buscarse en otra lista civil que en la de los «registros de enterramientos» de las necrópolis. Ciudad de ex hombres, llenos de una tragedia más pequeña, pero más dolorosa, de más recorditas, pero más intensas sensaciones de dolor que la de los ex hombres gorkianos.

Esta ciudad olvidada es la ciudad de los «jubilados», de las huérfanas y de las viudas. La humanidad sobrevivida, anémica y triste, pálida porque se alimenta de una como bazofia de residuos de osario; triste, porque tiene en el más allá su directorio.

Ciudad de trajes lucientes por los codos, de zapatos remendados, de mantos de luto verdeante al correr de los años.

Ciudad pasiva, cuya existencia se fué acumulando día tras día, en una actividad lejana, entre las sierpes rojas del balduque y los montones de papelotes burocráticos.

Entremos, lector, a la ciudad esta, por la «puerta grande», por el rastrillo abierto en sus murallas una vez al año, para que los sobrevividos den fe de su existencia, cuando ya no son más que ambulantes cadáveres mal amortajados.

Entremos, lector, mira: Estamos en las escaleras de la Delegación de Hacienda, de cualquier Delegación de Hacienda, en cualquier día de esos que anualmente se destinan a recibir la «fe de vida» de los «pasivos».

Son las dos de la tarde. Hasta las tres, hasta las cuatro, no se comienza el despacho. Pero los viejos, impacientes por ejercer este derecho activo, por realizar este acto en presente, después de vivir en pretérito doce meses, han formado ya una larga «cola» oscura, volcada por los peldaños, engrosada en los rellanos, llena de silbos de pechos cansados y de ronquear de bronquios maltrechos.

Algunos viejos—mostachos copiosos, «mosca» romántica—, han permanecido cubiertos y sustraídos a la multitud espesa de sus compañeros, los otros pasivos. Luego, a medida que el tiempo pasa, los vence el cansancio y tienen que claudicar y sentarse, y tomar parte en las conversaciones.

Oyéndoles, nos parece que hemos abier-

to una colección de cualquier periódico del siglo pasado:

—Don Valeriano me lo dijo: ¿Quieres venirte a Manila conmigo, muchacho? He sido nombrado gobernador de Filipinas. Pero yo entonces tenía ya demasiados años...

—¿Pues cuántos años tiene usted?

—Muchos, señor, muchos... Si yo le dijera quién soy. Yo he debido morir hace mucho tiempo. Además, todo el mundo me cree muerto.

—¿Quién es usted?

—No quiero decirlo. Cuando lo digo, me toman por loco: ¿Fulano?—exclaman—. ¡Pero si Fulano ha debido morir hace ya un siglo!... Un siglo, un siglo... Como si fuera imposible cumplir un siglo.

La frase ha producido en las filas, en los montones, mejor, de viejos, un murmullo de admiración. Y los viejos, con cierta impertinencia de juventud, llaman ya «el viejo», durante toda la tarde, a aquel hombre que podría escribir, de memoria, la Historia de España de los últimos cien años.

Pero, con serlo mucho, no son los viejos lo más interesante de la humanidad sobrevivida, de la muchedumbre de «pasivos». Aquellos, por lo menos, tienen la afirmación, la actividad del documento vivo de su propia existencia prolongada. Para ahondar en todo el amargo y pintoresco dolor de esa especial humanidad, es preciso conocer a las viudas, a las huérfanas, a los que en vida son ya «los que fueron», porque de ellos viven.

Ningún Estado es demasiado pródigo en pensiones, en haberes pasivos. El nuestro es, en esto, como los demás Estados. Otra cosa, tal vez, no le fuera posible al equilibrio del erario.

Y hay «pensiones» de trescientas, hasta de doscientas pesetas anuales. Sombra bien mezquina del «cabeza de familia», moho liviano criado por el «probo funcionario» a fuerza de años de adherencia a los escalafones. Residuo leve de sus soldadas, tamizadas por los cedazos del «descuento». Sombra escasa proyectada por el tronco sobre sus pobres ramas, en inversión de luces.

Doña Natalia, percibe todos los meses treinta y seis pesetas, con treinta y seis céntimos, de la «pensión» que le dejó su esposo, modelo de funcionarios, que ocupó no pocas veces las «Notas de Sociedad» de los diarios provincianos y estuvo «a punto» de ser nombrado «jefe político» de una provincia manchega y gobernador civil, más tarde, cuando este cargo fué creado.

El esposo de doña Natalia le dejó, además de las treinta y seis pesetas con treinta y seis céntimos mensuales, cuatro hijas: Nati, Tere, Mari y Lina. Las cuatro cercenan su nombre y oprimen el estómago, al que la «viudedad» no permite grandes fiestas.

Cuando doña Natalia muera, la pensión cambiará de nombre y perderá unas cuantas pesetas al pasar por la trama oficial. Se llamará orfandad, entonces, y corresponderá, por partes iguales, a Nati, Tere, Mari y Lina.

Ninguna de las cuatro vírgenes—de una ajeña virginidad encogida y marchita— conoce otras actividades que las deducidas de

legio, en los buenos tiempos, «cuando a las «clases de adorno» recibidas en el copapá lo iban a hacer gobernador».

Nati sabe interesarse en francés por la salud de su interlocutor. Tere, de haber piano en la casa, tocaría sin equivocarse el «Vals de las olas». Mari, sin vacilar, pinta al óleo cuadros del Niño Jesús, que «está para comérselo». Y Lina, por último, confeccionaría—si lo permitiera el presupuesto doméstico—riquísimas mantecadas, con las que las cinco mujeres chuparían sus cincuenta dedos.

Ninguna de estas habilidades hace aumentar los ingresos de la casa, cuyo aumento—cital como está el mundo, Señor!—es peligroso buscar por otros derroteros. Un día—día negro en la historia de las pensionistas—un anuncio, desde un periódico, ofrecióles la forma de ganar «hasta treinta pesetas diarias, sin abandonar sus labores», iluminando tarjetas postales. El anuncio no era sino un pequeño timo de los sellos de Correos que se pedían para la contestación.

Desde entonces, doña Natalia, Nati, Tere, Mari y Lina han renunciado a soñar con más ingresos que sus treinta y seis pesetas con treinta y seis céntimos.

Y aun así, en la casa triste, en el hogar de apenas disimulada miseria, hay un día de fiesta al año: el dedicado a sacar la ropa de los baúles y renovar la naftalina.

Entonces, sobre los lechos de las vírgenes se extienden las galas de «aquellos tiempos»: sedas pálidas y crujientes, abanicos perfumados, sombreretes muy cargados de jardinería, encajes amarillentos... Y sobre todo, presidiéndolo todo, la gran levita del padre y el «clac» enorme, que aun hace lanzar gritos de susto a las solteronas, al desplegarlo.

Las ropas antañonas derraman por la casa el aroma de los años que no volverán. Y aún se espera oír por el pasillo los pasos del padre que fuera a vestir su levita, como en «aquellos días», cuando a la capital provinciana llegaba cualquier huésped ilustre.

Y ante la magia del recuerdo vivo que son las ropas, olvidan las pobres mujeres solas la desolación de sus treinta y seis pesetas con treinta y seis céntimos...

Entre las tragedias de los «pasivos» merece destacarse también la tragedia burlesca de la viuda de López, que, casada otra vez con Rodríguez, y envidada de nuevo, volvió a ser, para siempre, la viuda de López, por la facultad de elegir entre las dos «pensiones» que le hizo, claro, optar por la más cuantiosa, «coronando» así, en cierto modo, al marido segundo con el primer marido.

Y existe, asimismo, el drama chiquitín de la huérfana pensionista, que al casarse perderá su pensión, que con el sueldo del marido sería suficiente para subvenir a las necesidades del nuevo hogar. La duda horrible, en la que no siempre sale ganando la virtud...

Hay muchos dramas, humildes y oscuros, dolorosos y turbios, en la vida triste y opaca de la humanidad sobrevivida. Hay en ella una gran novela, sin escribir todavía. Una novela trágica, que haría llorar y haría reír.